

queria á todo trance que esta se esplicara de la manera mas clara y categórica.

Al recibir á los representantes de las potencias, asi como á las altas corporaciones del estado, el 15 de agosto, aprovechó esta coyuntura favorable para tener con Mr. de Metternich, no una esplicacion apasionada y provocadora, como la que habia tenido en otro tiempo con lord Whitworth, la cual produjo la guerra contra la Inglaterra, sino una esplicacion templada, tranquila, al propio tiempo que clara y perentoria. Mostróse afable, sereno, con los ministros de todas las córtes, agasajador con Mr. de Tolstoy, á pesar de que no le perdonaba sus ligerezas militares, y amistoso, franco, pero breve al mismo tiempo con Mr. de Metternich. Sin llamar la atencion de los circunstantes por el esfuerzo que dió á su voz, habló, sin embargo, de manera que pudiese ser oida por algunos de ellos, y con especialidad por Mr. de Tolstoy.—¿Quereis hacernos la guerra, ó meternos miedo? dijo á Metternich.—Y habiéndole contestado éste que su gobierno no queria ni lo uno ni lo otro, prosiguió Napoleon con un tono afable, pero firme:—Pues entonces, ¿a qué vienen esos armamentos que os traen tan agitados, que agitan á la Europa, que comprometen la paz, y arruinan vuestra hacienda?—Asegurole Metternich que aquellos armamentos no eran mas que defensivos; pero Napoleon, á fuer de conocedor profundo, replicó para probarle que eran de muy distinta naturaleza:—Si vuestros armamentos fuesen del género que decís, si fueran puramente defensivos, no serian tan precipitados. Cuando se quiere crear una nueva organizacion, se toma el tiempo necesario, y no se hace nada

con precipitacion, porque lo que mejor sale es lo que se ejecuta despacio. Además no se forman almacenes, no se ordenan reuniones de tropas, ni se compran caballos, y mucho menos caballos para la artillería. Vuestro ejército se compone de cerca de cuatrocientos mil hombres. Vuestras milicias ascienden á un número igual, sobre poco mas ó menos. De manera, que si yo os imitase, deberia añadir cuatrocientos mil hombres mas á las fuerzas de que dispongo, lo cual seria un armamento insensato. No tengo necesidad de ello. Con menos de doscientos mil alistados, me basta para mantener mi ejército sobre un pie formidable, y para enviar á España cien mil hombres de tropas aguerridas. No seguiré, pues, vuestro ejemplo, porque en otro caso pronto seria preciso armar hasta los niños y las mugeres, y volveríamos á los tiempos de la barbarie. Pero entretanto vuestra hacienda padece, vuestro crédito, tan bajo á la sazón, menguará mas todavía, y llegará el caso de que se interrumpa vuestro comercio. Y todo esto ¿por qué? ¿Os he pedido yo, por ventura, alguna cosa? ¿he mostrado pretensiones sobre una sola de vuestras provincias? Todo quedó arreglado entre ambos imperios en virtud del tratado de Presburgo: con la palabra que me empeñó vuestro amo en la entrevista que tuvimos juntos, todo debia haber terminado entre nosotros. Unicamente quedaban que hacer algunos arreglos respecto á Braunau, que habia quedado en nuestro poder, y respecto al Isonzo, cuyo thalweg no estaba suficientemente determinado, y merced al convenio de Fontainebleau se logró orillar ambos puntos. (Convenio del 10 de octubre de 1807). Al presente nada os pi-

do, nada quiero del Austria mas que esplicaciones seguras y tranquilas. ¿Hay alguna dificultad de por medio entre nosotros? Si la hay, decidla, y vamos á orillarla inmediatamente.—Habiendo protestado de nuevo Mr. de Metternich que su gobierno no intentaba hostilidad alguna contra la Francia, y aduciendo como prueba que no habia ordenado movimiento alguno de tropas, Napoleon le replicó al punto con la misma afabilidad y con igual firmeza, que, estaba equivocado, puesto que se habian verificado grandes reuniones en Gallizia y en Bohemia, al frente de la Silesia, y delante de los cuarteles del ejército francés: que la verdad de estas reuniones de tropas era incontestable; que la consecuencia inmediata de ellas seria el poner por nuestra parte otras tan numerosas por lo menos; y que en vez de proseguir, por tanto, la demolición de las plazas de la Silesia, iba mas bien á reparar algunas y á abastecerlas, á convocar los contingentes de la confederacion del Rhin, y á tomar las disposiciones necesarias para prepararse á la guerra.—Ya sabeis, Mr. de Metternich, prosiguió, que no será facil sorprenderme, porque estoy alerta. Quizás contará vuestro gobierno con la Rusia, mas se equivoca de medio á medio. Estoy seguro de su adhesion, de la desaprobacion formal y ferminante que ha manifestado acerca de vuestros armamentos, y de las resoluciones que adoptará en estas circunstancias. Si abrigase acerca de esto la mas mínima duda, á ella y al Austria haria inmediatamente la guerra, porque ni querria ni me convendria dejar en el aire los asuntos del continente. Si solo me limito á tomar precauciones, es porque el continente no me inspira desconfianza y

porque estoy completamente tranquilo sobre las intenciones del emperador de Rusia. No creais, por tanto, que seria esta una buena ocasion para hostilizar á la Francia; si tal pensaseis, incurririais en un grave error. Yo no creo tampoco que vuestro gobierno apetezca la guerra; no puedo presumirlo ni de vos, Mr. de Metternich, ni del emperador vuestro amo, ni de los hombres ilustrados de vuestro pais. Pero la nobleza alemana, que mira con descontento los cambios acaecidos, impregna á la Alemania de sus odios. Vosotros os dejais conmover, comunicais vuestra conmocion á las masas, las impulsais á que se armen, vais llegando de armamento en armamento á una situacion extraordinaria, que no es facil sostener por largo tiempo, y poco á poco os vereis conducidos tal vez hasta el punto de desear una crisis para salir de una situacion insoportable, y esa crisis será la guerra. La naturaleza moral lo mismo que la naturaleza fisica, cuando llegan á ese estado borrascoso que precede á las tempestades, tienen precision de estallar para depurar el aire y volver á recobrar la calma. Esto es justamente lo que yo temo de vuestra actual conducta. Por lo demás, os lo repito, añadió Napoleon, yo no quiero nada del Austria, lo único que apetezco es la paz, y unas relaciones tranquilas y seguras: pero si os empeñais en continuar haciendo preparativos, yo tambien los haré en términos que la superioridad de mis armas deje lugar á tan pocas dudas como en las campañas precedentes, y entonces resultará, que por conservar la paz, promoveremos la guerra.

Al terminar esta entrevista, Napoleon colmó á Mr. de Metternich de las demostraciones mas li-

sonjeras, y se condujo en todo y por todo á guisa del hombre que apetece la paz sin temer la guerra; pero que se halla resuelto á no permanecer en la oscuridad. Mr. de Metternich y todos los circunstantes que le escucharon, no podian abrigar la mas mínima incertidumbre acerca de sus verdaderas intenciones, al propio tiempo que él se mostró tan firme como tranquilo y habil.

El día siguiente, 16, fué un día en que llovieron órdenes para todas partes. Mr. de Champagny recibió la de trasmitir á Viena la entrevista de Napoleon con Metternich, deduciendo de ella las conclusiones precisas. Dijose en París á Monsieur de Metternich, y se encargó al general Andreossy que lo repitiese en Viena, que era de todo punto indispensable que el Austria interrumpiese los armamentos de una manera franca y que no dejase lugar á la mas mínima duda, ó que de lo contrario empezarian las hostilidades al punto. Luego, y á fin de sondear mas profundamente las intenciones del Austria, pidióle Napoleon el reconocimiento inmediato del rey José. Seguramente que ningun otro medio habia mas infalible para saber á punto fijo lo que aquella potencia pensaba ó cuales eran sus intenciones en el instante, porque si se lograba efectivamente arrancarla el reconocimiento del rey José, tan contrario á todos los sentimientos que ella manifestara, y al lenguaje esplicito que recientemente habia espresado sobre el particular, era una prueba irrecusable de que no era capaz de atreverse á nada, ni de hacer tentativa de ningun género, y ningun cuidado debia inspirar por ende durante algun tiempo.

Mr. de Metternich, que desplegabá en París un extraordinario celo por mantener la paz, y que en todas sus entrevistas, ora con los ministros del emperador, ora con el emperador mismo, prodigaba seguridades concernientes al establecimiento de la paz, se apresuró á responder que se daría una satisfacciou cumplida relativamente á los armamentos del Austria. Adoptando, empero, un tono menos afirmativo, y una actitud menos franca acerca del reconocimiento del rey José, declaró, que si bien creía por su parte que su gabinete no ofrecería resistencia á esta demanda, no le era lícito con todo, dar seguridad alguna hasta tanto que lo consultase con la corte de Viena. Era, pues, evidente que en este punto estribaba lo principal de las dificultades, y que para obtener del Austria semejante rectificaciou, ó una retractaciou, por mejor decir, de sus sentimientos, de sus manifestaciones mas recientes, para abrumarla con tal humillaciou, serian menester tan grandes esfuerzos, como si se tratase de arrancarla nuevas provincias. Pero este era, cuando menos, un medio de contenerla algun tanto, y de obligarla á que fuese mas circunspecta, en el caso de que no se hallase decidida á emprender al punto las hostilidades.

En el fondo, Napoleon empezaba ya á convencerse de que seria indispensable empeñar con el Austria una nueva y decisiva lucha para reducirla definitivamente: queria saber, empero, si podria disponer, antes de emprenderla, de seis meses, al menos, para hacer una rápida campaña en la Península, y conducir al otro lado de los Pirineos cien mil hombres de sus mejores tropas, sin peligro de amenguar su preponderancia al otro la-

do del Rhin. Todas sus demostraciones, todos sus empeños en obtener una esplicacion no tendian á otro objeto.

A fin de dar á unas y otros un carácter mas grave, reclamó de todos los principes de la confederacion del Rhin el primer contingente, reducido, en honor de la verdad, pero bastante para inspirar grandes inquietudes en Alemania, y para que el Austria entrase consigo misma en reflexiones. Si la guerra con esta potencia estallaba al fin, los reducidos contingentes de tropas se elevarian hasta el número presijado en los convenios, y sino, marcharian á España, tales cuales eran, á combatir en la nueva guerra que Napoleon se habia acarreado, porque su objeto era empeñar á los principes del Rhin á que tomasen parte en todas sus querellas, y á que le ayudasen á sobrellevar el peso que gravitaba sobre la Francia: política esceiente en un sentido, al paso que perjudicial en otro, mediante á que si bien los comprometia á que lo siguiesen, esponfase en cambio á ser blanco del odio general que debian suscitar necesariamente mas tarde ó mas temprano aquellos alistamientos tan repetidos, así en la izquierda y en la derecha del Rhin, como al Norte y al Mediodía de los Alpes y de los Pirineos.

Ademas del árduo asunto de obligar al Austria á que diese esplicaciones, impusieronle á Napoleon algunos otros las circunstancias. Fuera cual fuese el número de tropas que habia que sacar del gran ejército para conducir las á España, era indispensable verificar un movimiento retrógrado en Alemania y Polonia á fin de aproximarse al Rhin. Para entonces, y cuando Napoleon tomó

definitivamente el partido de emprender la conquista de España, ya habia cambiado una vez la colocacion de sus tropas, trasladándolas desde el espacio comprendido entre el Pregel y el Vistula, al que media entre el Vistula y el Oder. El mariscal Soult, dejando á los granaderos Oudinot en Dantzic, y el grueso de la caballería en el delta del Vistula, se habia replegado con la cuarta division hácia la Pomerania, el Brandenburgo y Hannover. El mariscal Bernardotte habia continuado ocupando las ciudades anseáticas con las divisiones Boudet y Molitor, los españoles y los irlandeses. El mariscal Davout con el tercer cuerpo de ejército, los sajones, los polacos y el resto de la caballería se habia replegado hácia el ducado de Posen, apoyándose siempre sobre el Oder. El general Victor, que ascendió al grado de mariscal, habia establecido sus cuarteles en Berlin con el primer cuerpo de ejército. El mariscal Mortier con el quinto y el sexto se habia acantonado en la Silesia.

Las miras que Napoleon se llevaba con prolongar tanto tiempo la ocupacion de la Prusia, eran en primer lugar obligar á esta á un arreglo definitivo de la cuestion de las contribuciones de guerra; permanecer, por otra parte, en una posicion fuerte á la expectativa de las consecuencias de su alianza con la Rusia, y de su guerra sorda con el Austria, y mantener su ejército ocupado, consiguiendo que parte de él viviese sobre el pais, con lo cual evitaba una porcion de gastos crecidos al tesoro extraordinario.

Era indispensable, empero, poner término á tan prolongada ocupacion, mediante á que, comprendida la guerra con la España, venia á ser pun-

to menos que imposible conservar tan vasta estension de pais, y preciso, por consiguiente, el abandonar algunas provincias. Esta precision no procedia de la necesidad de complacer á la Rusia, con la cual todo dependia de una concesion en Oriente; ni mucho menos de la de congraciarse con la Prusia, la cual, abrumada con la carga que gravitaba sobre ella, se hallaba en el caso de aceptar cuantas condiciones se le pusiesen, reservándose el no cumplirlas despues sino podia, ó si la fortuna le ayudaba á eximirse por otro medio; ni tampoco, en fin, de la de contemporizar con el Austria, con la cual no se hallaba en el caso de guardar consideraciones: procedia únicamente de la necesidad de concentrar sus fuerzas, y de la de mandar parte de ellas á los Pirineos, con lo cual se le ofrecia una coyuntura favorable para dar una ventajosa solucion á sus asuntos con la Prusia, al propio tiempo que para hacer algo en obsequio de la Rusia, en atencion á que, esceptuando el arreglo de los asuntos de Oriente, lo que el emperador Alejandro deseaba con mas vehemencia á fin de verse libre, segun él decia, *de las importunidades de los desgraciados que le atribuian la culpa de sus desgracias*, era la evacuacion de la Prusia, y el arreglo definitivo de las contribuciones de guerra, que se continuaba exigiendo aun á esta nacion.

Para entonces ya hacia algunos meses que residia en Paris el principe Guillelmo, hermano del rey de Prusia, en calidad de enviado cerca de Napoleon, con la mision de conseguir la rebaja de las cargas que gravitaban sobre aquel reino. Este principe habia sabido captarse la estimacion de todo el mundo y la de Napoleon en particular, por

su digna y prudente manera de comportarse. Con todo, en vano habia alegado hasta aquella época la imposibilidad en que se hallaba la Prusia de satisfacer las sumas que se queria imponerla, y en vano habia ofrecido para obtener alguna gracia, la sumision mas completa y la mas absoluta de la casa de Brandebourg, sumision que estaba garantizada por un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Napoleon no se dejó conmovier ni por los alegatos ni por los ofrecimientos, porque estaba persuadido de que cuantos recursos devolviese á la Prusia, habia esta de emplearlos en rehacer sus fuerzas para dirigirlas luego contra él. Antes de la batalla de Jena, quizás hubiera creido sinceros los ofrecimientos de aquella nacion; pero despues de tan brillante victoria, hallábase convencido de que la Prusia seria implacable, y en esta atencion opinaba fundadamente, que si el destruirla no era posible, exigiale al menos su política previsorá el ir dejándola exhausta. Viéndose, empero, obligado á retrotraer sus tropas, consintió por fin, en escuchar las proposiciones del principe Guillelmo, y despues de muchas y largas discusiones, se avino á evacuar toda la Prusia, á escepcion de las tres plazas fuertes situadas sobre el Oder, Glogau, Stettin y Custrin, las cuales se empeñó en conservar hasta tanto que fuesen satisfechas las contribuciones estipuladas, exigiendo ademas para esta evacuacion el pago de una cantidad de ciento cuarenta millones de francos á que ascendian las ordinarias y las estraordinarias, cuyo cobro no se habia verificado aun. El pago de esta suma debia hacerse mitad en dinero ó en letras de cambio aceptables, y mitad en títulos sobre los dominios

territoriales de la Prusia, de manera que el total quedase solventado en un plazo corto; las letras de cambio en unos once ó doce meses á razon de seis millones por mes, y los títulos en año y medio á lo sumo. La evacuacion debia comenzar inmediatamente, y las tropas francesas retirarse á la Pomerania sueca, á las ciudades anseaticas, á Hannover, Westfalia, y á las provincias sajonas y franconianas tomadas á la Prusia, y sometidas á la sazón á la Francia. Pero con Stettin, Custrin y Glogau sobre el Oder, Magdebourg sobre el Elba, y sus tropas en Hannover, Sajonia y Franconia, Napoleon quedaba siempre á la vista de Alemania, y con medios hábiles para dominarla. Para mayor seguridad suya, habia hecho ingerir un artículo secreto en el tratado de evacuacion, artículo hasta hoy ignorado, en virtud del cual se obligaba la Prusia á mantener reducido el efectivo de sus fuerzas militares, por espacio de diez años, á los siguientes límites: diez regimientos de infantería de la fuerza de veinte y dos mil hombres; ocho de caballería de la de ocho mil; un cuerpo de artillería y de ingenieros, cuyo número total ascendiese á seis mil soldados, y la guardia imperial, por último, en número de otros seis mil. En virtud del artículo antedicho, privábase además el rey de Prusia de la facultad de formar una milicia local, la cual hubiera podido servirle para encubrir otra cualquier clase de armamentos, y obligabase también, por último, á hacer causa comun con el imperio francés contra el Austria, y á cooperar en caso de guerra contra esta nacion con una division de diez y seis mil hombres de todas armas. Este contingente quedaria reducido á doce mil, si estallaba

la guerra durante el año 1809, en atencion á que la Prusia necesitaba algun tiempo para rehacer su ejército. Como el objeto de Napoleon no era humillar á esta potencia, sino contenerla tan solo, consintió en que esta clausula del tratado no se hiciese pública. El digno y cuerdo príncipe, encargado de defender en Paris los intereses de su patria, no pudo obtener mayores concesiones, y debió conformarse con ellas, mediante á que, aun cuando Napoleon se habia dado ya á sí mismo el golpe que estaba destinado á destruir su poder, era todavía por entonces asaz poderoso y temible para hacer temblar á la Europa y para imponer la ley á todos sus enemigos.

Concluido y firmado que fué este tratado, Napoleon escribió al rey y á la reina de Prusia dándose el parabien de que quedasen terminadas todas las diferencias que mediaban entre ambos reinos, y prometiéndoles para en lo sucesivo conservar las relaciones mas amistosas, en el caso de que la corte de Berlin no volviese á estraviarse de nuevo, dejándose llevar de pasiones hostiles. Por duro que pareciese un tratado semejante á la Prusia, siempre era preferible para ella al estado en que á la sazón se encontraba, puesto que al menos quedaba libre de tropas francesas, y si bien se habia puesto un límite á sus armamentos, esta condicion era tanto menos irritante, cuanto que la hubiera sido muy difícil poder costear mayor número de gente que la que el tratado le concedia.

En cuanto á Napoleon, además de la ventaja de arreglar sus cuentas con la Prusia, en virtud de este tratado, y la de poder retirar de allí sus tropas, tenia la de mostrarse complaciente sobre este pun-

to con la Rusia, la cual se veía extraordinariamente importunada por los prusianos, y ardía en deseos de verse libre de sus quejas. El conservar sus buenas relaciones con la Prusia por entonces, y el darla de ello pruebas, cuadraba perfectamente á la política de Napoleon, á quien urgía mucho el entenderse con ella, así como también el que se esplicase al Austria, y el terminar sus contestaciones con la Prusia.

El estado de las cosas no había sufrido entre tanto alteracion alguna en San Petersburgo. Dominado como siempre el emperador Alejandro por la pasión del momento, no era dueño de contenerse, desde que Napoleon había consentido en discutir la division del imperio turco. Lo que aquel anhelaba con preferencia á la posesion de las mejores provincias de este imperio, era la posesion de Constantinopla, en la cual estaban para él reunidas la gloria, el esplendor, y la utilidad. Pero el entregar esta llave de los estrechos era precisamente lo que repugnaba á Napoleon mas que otra concesion alguna. Jamás, segun el lector habrá visto, había querido acceder á esta pretension de una manera formal; y si bien había permitido á su embajador Mr. de Caulaincourt que manifestase á su presencia semejantes deseos, siempre lo hizo significando su voluntad de poseer los Dardanelos, en caso de que se cediese el Bósforo á los rusos, lo cual no podía convenir á la córte de San Petersburgo en manera alguna. A pesar de todo, el emperador Alejandro no desesperaba de reducir á Napoleon á que accediese á sus pretensiones, y en esta confianza estabale repitiendo sin cesar, que no deseaba territorio ninguno en el Sur de los Balka-

nes, ni parte alguna de la Rumelia, ni nada mas que la comarca de Constantinopla dejando á Andrinópolis para quien la quisiese. Al hablar el emperador de Rusia de aquella lengua de tierra, destinada, por decirlo así, á alojamiento del portero de los estrechos, llamábala en la gerga familiar que usaba con el embajador de Francia, *la lengua de gato*.—Veamos, señor de Caulaincourt, solia decir á éste con frecuencia; ¿teneis noticias de vuestro año? ¿Os dice algo acerca de la *lengua de gato*? ¿Se halla tan dispuesto á comprender y á admitir las necesidades de mi imperio, como yo comprendo y admito las del suyo?—Mr. de Caulaincourt contestaba únicamente á estas preguntas de una manera evasiva alegando para ello lo preocupado que se hallaba el ánimo de Napoleon con otros asuntos, la larga distancia que los separaba, y su próximo regreso, merced al cual le seria dable conseguir que su imaginacion pasase de los asuntos de Occidente á los de Oriente. Replicábale al punto Alejandro, diciéndole, que para terminar de una vez todas estas diferencias era preciso tener una nueva entrevista, la cual consideraba como indispensable para que volviese á florecer la política de Tilsit, y que veía con pesar que no podia proporcionarse tan pronto como él deseaba. Esto no obstante, hallabase él mismo Alejandro tan poco libre como Napoleon, puesto que los asuntos de Finlandia no habían tomado mejor giro que los de España. Las tropas rusas, despues de haber obligado á los ejércitos suecos á replegarse hasta Uleaborg y á reunirse allí, se habían dividido á presencia de estos, y á su vez se vieron precisadas á retirarse, y aun llegaron á ser batidas, merced á la

incapacidad del general Buxhoevden, favorito de la corte, cuyo favor tan solo era lo que le garantizaba contra lo malquisto que se hallaba entre el ejército. Al mismo tiempo hallábase una escuadra inglesa bloqueando á la escuadra rusa en el golfo de Finlandia, lo cual tenia al litoral aterrizado. De manera, que era punto menos que imposible, que el emperador Alejandro se decidiese á alejarse de aquellos sitios. Pero como la navegacion quedaba interceptada desde setiembre, y libres por tanto de embarcaciones inglesas durante algunos meses aquellos mares, Alejandro quedaba en disposicion de dirigirse adonde quisiese, y en esta atencion pedia que la entrevista, en la cual esperaba recabar de Napoleon el objeto apetecido, fuese aplazada lo mas tarde para la mencionada época. Mr. de Caulaincourt contestaba á todas estas instancias de la manera mas propia para decidir al emperador de Rusia á que tuviese paciencia, y prometiéndole que la entrevista se verificaria, á no dudarle, en el momento mismo en que él designase.

Por lo demas, Alejandro no habia descuidado nada de lo que pudiese contribuir á que Napoleon se adhiciese á sus miras. A este fin, consideraba como muy natural, muy legitimo, muy necesario para el complemento de la política de Napoleon, el que éste hubiese decidido la introduccion de ejércitos franceses en España, la traslacion forzosa de los príncipes españoles á Bayona, el despojo de sus derechos, y la proclamacion de la monarquia del rey José.—Está visto, le decia á Mr. de Caulaincourt, que vuestro emperador no puede sufrir cerca de sí á los Borbones: semejante política es una

prueba de su consecuencia, y yo la admito enteramente. Por mi parte, repetia á cada paso, estoy muy lejos de mostrarme celoso de sus engrandecimientos, máxime cuando son tan motivados como los últimos. Haga él otro tanto por la suya con los que yo considero necesarios para mi imperio, y los cuales son tan fáciles de justificar.

La camarilla de San Petersburgo, reanimada con los golpes sufridos por la marina rusa en Finlandia, á pesar de que estos tenian mas de desagradables que de peligrosos, indignada mas ó menos sinceramente á consecuencia de los sucesos de Bayona, y hallando un pretexto plausible para sus quejas en la paralización de la navegacion, volvió á espesarse de una manera poco favorable á la política de alianza con la Francia. Verdad es que esta política no se distinguia entonces ni por la moralidad ni por el buen éxito, puesto que arrebató la Finlandia á un pariente, cuya locura natural se habia escitado largo tiempo, y de cuya debilidad se queria triunfar, no solo no era mejor que lo que acontecia en España, sino que era muy análogo.—Es preciso poner *bueno cara al mal juego*, dijo con estas mismas palabras el emperador Alejandro á Mr. de Caulaincourt, y atravesar sin afligirse los momentos de desgracia.—Aquel príncipe dotado del tacto mas esquisito, trataba de evitar cuanto le era posible el hablar á Mr. de Caulaincourt de nuestros descalabros en España, y solo tocaba este punto, cuando no le era posible guardar silencio sin una manifiesta afectacion, mucho mas molesta todavía para aquel á quien trataba de ahorrarse este disgusto. Poco despues, y cuando el desastre del general Dupont fué proclamado por la

extraordinaria alegría que manifestó el partido inglés en San Petersburgo, llevando la exageracion de nuestras derrotas hasta el punto de decir, que nuestro ejército situado sobre el Ebro habia sido destruido, y que se hallaba prisionero el rey José, el emperador Alejandro habló á Mr. de Caulaincourt, como si ni pública ni secretamente le halagase la derrota de un ejército enemigo por largo tiempo del suyo, como si sintiese, por el contrario, semejante accidente, y como si no hallase en él nada que no fuese sencillo, indiferente, y de la mas fácil esplicacion.—El emperador vuestro amo, le decia, ha mandado á la Peninsula soldados bisoños, y en escaso número: añádase á esto que él no se hallaba allí, y las faltas cometidas por sus generales, y todo se comprende perfectamente; pero bien pronto logrará él reparar el daño. Con algunos miles de soldados aguerridos, con uno de sus buenos generales que se ponga á la cabeza, ó con su presencia misma en el ejército por espacio de algunos dias, no tardará en conseguir que el rey José vuelva á la corte, y en hacer triunfar la política de Tilsit. Por mi parte, lejos de mostrar la alteracion mas mínima en nuestras relaciones, voy á hablar al Austria un language que la obligará á hacer serias reflexiones sobre su imprudente conducta. Yo probaré á vuestro amo, que soy fiel lo mismo en tiempos de buena fortuna que en tiempos de desgracia. No creo, sin embargo, que la presente sea de gran bulto; pero, con todo, basta para depararle una ocasion de poner mi amistad á prueba. Repetidlo, pues, que es preciso que nos veamos cuanto antes, á fin de ponernos de acuerdo para domeñar la Europa.—El emperador Alejandro

habia cumplido en efecto su palabra, imponiendo silencio á los murmuradores, á los indignados, á los que andaban difundiendo la alarma, y á la legacion austriaca sobre todo, recomendando al propio tiempo á la camarilla de su madre tal reserva, que se hablaba de nuestros descalabros sufridos en España con tanta ó mas discrecion que de las derrotas de los ejércitos rusos en Finlandia.

Tal era el aspecto de las cosas en San Petersburgo á consecuencia de los acontecimientos de España, y de la influencia que en aquella tuvieron. Informado exacta y minuciosamente Napoleon de todo cuanto allí pasaba por los despachos de monsieur de Caulaincourt, el cual le trasmitia literalmente con las preguntas y respuestas, los dialogos que tenia diariamente con el emperador Alejandro, tomó, al fin, el partido de aceptar una entrevista, y esta fué una de las principales determinaciones que le inspirára su nueva situacion. Merced á ella, creyó que era ya tiempo de acceder sino á todas las pretensiones del emperador Alejandro, lo cual era imposible sin comprometer la seguridad de la Europa, á gran parte de ellas al menos: creyó así mismo, que era ya absolutamente indispensable avistarse con él, seducirlo de nuevo, concederle alguna cosa de consideracion, como las provincias del Danubio, por ejemplo, y respecto á las demas, ó desengañarle, ó darle esperanzas, ó procurar contentarle para decirlo de una vez; cosa que no debia parecerle imposible, mediante á que la Valaquia y la Moldavia, dadas inmediata y positivamente eran bastantes para satisfacer la mas vasta ambicion. Una entrevista, ademas de la ventaja de entenderse directamente con el jóven emperador

en unas circunstancias tan graves, de la de asegurarse de su modo de pensar, y de la de atraerlo á su devocion en virtud de alguna concesion importante, siendo como iba á ser pública y á la faz de Europa, debía ofrecer un gran espectáculo, el cual tenia que ocupar necesariamente todas las imaginaciones y ser considerada como una prueba ostensible de una alianza, que convenia que fuese no solo sólida y real, sino ruidosa tambien, á fin de imponer con ella á todos los enemigos del imperio.

Así, pues, mientras que estrechaba al Austria á que diese las esplicaciones pedidas, y mientras que concedia á la Prusia la evacuacion de su territorio, Napoleon espidió un correo á Mr. de Caulaincourt, autorizandole para que consintiese en una solemne entrevista con el emperador Alejandro. Como ya hemos dicho, éste habia manifestado sus deseos de que se verificase á fines de setiembre, á causa de la interceptacion de los mares, y Napoleon, á quien esta época convenia tambien, ninguna dificultad tuvo en aceptarla. Alejandro mostraba ganas de que el punto de la cita fuese ó en Weimar, donde residia su hermano, ó en Erfurt, donde presumia que podrian gozar de mayor libertad, y Napoleon se decidió por Erfurt, uno de los territorios que le quedaban despues del desmembramiento de la Alemania, y del cual no habia dispuesto aun en favor de ninguno de los soberanos de la confederacion. Habiendo, pues, designado de una manera general la época y el lugar de la entrevista, y dejando al arbitrio del emperador Alejandro el fijar definitivamente los dias y las horas, dió las órdenes competentes para que se realizase con todo el esplendor apetecido.

En aquella época hallábanse aun sobre el Rhin algunos destacamentos de la guardia imperial, y Napoleon ordenó que uno de los batallones mas brillantes de ella marchase sobre Erfurt. Ordenó asimismo que se escogiesen un buen regimiento de infantería ligera, otro de húsares, y otro de coraceros, entre las tropas que regresaban de Alemania, y que se dirigiesen al mencionado punto para que diesen el servicio de guardia de honor cerca de los soberanos que debian asistir á la entrevista. Al mismo tiempo dispuso que los oficiales de su casa partiesen con el mueblage mas rico de la corona, á fin de preparar elegante y suntuosamente las casas mas espaciosas de la ciudad, con el objeto de alojar en ellas á los personajes que se debian reunir en Erfurt; emperadores, reyes, príncipes, ministros y generales. Queriendo ademas que la literatura francesa contribuyese tambien al mayor esplendor y brillo de esta reunion, prescribió á las empresas de los teatros que enviasen al lugar de la cita á los primeros actores franceses, incluso al mas sobresaliente de entre todos ellos, el famoso Talma, para que representasen el *Cinna*, la *Andromaca*, el *Mahomet* y el *Edipo*. Aun cuando apreciaba en su justo valor las obras inmortales de Molière, escluyó para este objeto la comedia, dando por escusa el que no las comprendian en Alemania.—Es preciso, decia, mostrar á los alemanes la grandeza y la belleza de nuestra escena trágica; porque la capacidad de ellos está mas al alcance de la literatura de este género, y puede penetrar en ella mas facilmente que en las honduras de Molière.—Mandó, en fin, que se desplegasen un lujo prodigioso, queriendo que la Francia se hi-